

De Cómo y Por Qué Roque Dalton llamó “Viejuemierda” a Don Alberto Masferrer

Por Luis Melgar Brizuela
Docente investigador del Departamento
de Letras, de la Fac. de Ciencias y Humanidades

Resumen

Estudio comparativo de las utopías de nación de Masferrer y Dalton. El primero es considerado como el filósofo y el sociólogo más destacado de la mitad del siglo XX en nuestro país. El segundo representa al poeta más revolucionario de nuestra historia, tanto en la fuerza ideológica como en las innovaciones del lenguaje o estilo.

Los ejes de comparación son lo literario, lo político y lo etno-cultural. El paralelismo entre ambas figuras se muestra con citas del famoso poema “Viejuemierda”, de Las historias prohibidas del Pulgarcito, de Dalton, y fragmentos de diversas obras de Alberto Masferrer.

Alberto Masferrer (1868-1932) es uno de los intelectuales más insignes en la historia de la cultura salvadoreña. Contemporáneo de Francisco Gavidia (apenas cinco años menor que este), en general es reconocido por la crítica como el principal representante del ensayo modernista. Don Alberto, como se le llamaba en los ámbitos culturales, fue, al igual que Don Francisco (Gavidia), tenido por Maestro, así, con mayúscula. Sus doctrinas impactaron desde finales del siglo XIX y más aún durante las primeras tres décadas del siglo XX; y fueron centro de intensas polémicas. Es, pese a las críticas acerbas que le hicieran escritores de

la Generación Comprometida, el máximo representante de la filosofía nacional durante la primera mitad de la pasada centuria.

Entre las varias resonantes blasfemias que contra la cultura oficial profieren Las historias prohibidas del Pulgarcito, de Roque Dalton (1935-1975), sobresale el poema “Viejuemierda”, especie de diatriba contra Alberto Masferrer, a quien David Escobar Galindo ubica en “el trípode en que descansa la cultura nacional del presente siglo: Gavidia, Ambrogí, Masferrer. (Índice antológico, 1982, p. 126).

Veamos cómo se inicia este texto de Dalton:

*Hubo en El Salvador un maestro y periodista
llamado Don Alberto Masferrer.
Había nacido en el pueblito de Alegría, departamento de Usulután,
y se dedicó a denunciar las injusticias sociales
en libros como El dinero maldito o Cartas a un obrero
y en editoriales de un periódico que fundó, llamado Patria.*

*En este poema trataremos de explicar
algunas de las razones por las que un hombre así
ha sido santificado y hasta oficializado
como filósofo-sociólogo-profeta nacional
por las sucesivas dictaduras que ha sufrido el país,
hecho que no ha dejado de extrañar a algunas almas cándidas...*
(Las Historias... p. 103)

Aunque el título del poema, una expresión frecuente en el habla popular salvadoreña, parece arremeter directamente contra la figura personal de Masferrer, la intención de Dalton es más bien develar por qué las dictaduras militares lo han “santificado y oficializado”; o sea, denunciar el uso que de la obra del maestro Masferrer ha hecho y sigue haciendo la cultura oficial salvadoreña.

En efecto, las doctrinas éticas y sociales contenidas en sus numerosos ensayos, dieron lugar, reivindicadas por diversos intelectuales e instituciones¹, al masferrerismo, que se tradujo en asociaciones, publicaciones y homenajes a granel. Con su nombre se han bautizado escuelas, universidades, avenidas, plazas, etc.

Los ataques frontales a Masferrer de dos miembros de la Generación Comprome-

tida, Roque Dalton, y Álvaro Menéndez Leal (1931-2000) desataron en su momento una tormenta de protestas, defensas y desagravios por parte de los escandalizados masferrerianos, quienes reclamaron a coro a estos dos entonces jóvenes poetas por lo que consideraron excesivo irrespeto a uno de los más venerables nombres de la historia intelectual y política del país. Aún ahora (2003), un cuarto de siglo después de la publicación de “Viejue mierda”, casi nadie le perdona a Roque este desentono. Se afirma que aquí a nuestro escritor se le fue la mano, o más bien la lengua ...

Alberto Masferrer fue un rebelde romántico y un pacifista radical. Ejerció cargos educativos, gubernamentales y diplomáticos, en El Salvador, Sur América y Europa. Periodista intenso, quiso insuflar democracia y espiritualidad por las buenas, sin lucha de clases, convenciendo a los ricos de la

¹ Entre los intelectuales más eminentes que han reivindicado a Masferrer están Gavidia, Matilde Elena López, Pedro Geoffroy Rivas, estos dos más bien de izquierda. Entre las instituciones: el Ateneo de El Salvador, Academia Salvadoreña de la Lengua, la Sociedad Masferreriana

y diversos regímenes gubernamentales. Por otro lado, existe una universidad, numerosas avenidas en varias ciudades del país, un cine, una colonia residencial, un parque, etc. con este nombre.

urgencia de humanizarse, y a los pobres de la posibilidad de redimirse de los vicios y de la ignorancia.

Su obra más famosa es un ensayo sociológico, *El mínimo vital* (1929), en que expone su utopía de democracia humanista, doctrina que sus reivindicadores y devotos han denominado “Vitalismo”. Esta propuesta puede resumirse en que todos los ciudadanos tengan un mínimo de condiciones materiales y culturales que les permitan vivir con dignidad y libertad, para lo cual los gobernantes, los ricos y los líderes sociales deben transformar su corazón y su mente, sin violencia, superando los excesos, las corrupciones, y otorgando mejores oportunidades a los trabajadores.

El vitalismo tiene como trasfondo una especie de religión universal, derivada del atencismo o “ilustración”, del cristianismo, de filosofías orientales y de la teosofía, doctrina esotérica surgida en Europa en el siglo XIX, liderada por la famosa Helena de Blavatsky, Madame Blavatsky, corriente de pensamiento que penetró en El Salvador a finales del siglo XIX, e impactó sobretudo en Salarrué.

Don Alberto predica para América la religión de la vida:

*Y nacerá y crecerá en América una religión nueva, sin el prestigio de las tinieblas y las sanciones del terror, como las que atormentaron a nuestros ascendientes blancos, sino nacida del sentimiento de que la **Vida es una**; de que la Verdad suprema es la **intuición de esa Unidad**, y la total moralidad, fortalecer, ensanchar y embellecer la vida en la plenitud de las vidas ajenas. Será una religión blanca, luminosa y celeste, y su símbolo será el sol. (Masferrer. “La misión de América”, en: *Páginas escogidas*, 1976, p. 274)*

Al igual que de Gavidia, los lectores típicos o implícitos de Masferrer son los ricos, los poderosos, y las “minorías cultas”. A ellas les pide conversión: que pongan límite a la explotación y aseguren un **mínimum** a los trabajadores, permitiendo así el camino a “la vida ancha y clara del amor”:

Un límite para el que domina, para el que atesora. ¿Por qué no? Todas las cosas en el Cosmos lo tienen; todas las criaturas vivientes reconocen esa línea limitadora que se llama órbita para el sol, y playa para el océano. “De aquí no pasarás”, es la ley divina impuesta a cuanto existe, y toda criatura que traspasa esa línea, se hipertrofia, degenera y perece.

*Y para el que trabaja, para el que carece, un **mínimum**: la vida es irreductible, lo elemental, lo que es semilla capaz de germinar: agua, techo, abrigo, recreo, luz y pan. Y de ahí en adelante, para tus goces, para tus holguras, para tus riquezas, esfuérzate, empuñate, economiza, desvelate y que la esperanza te aliente y la voluntad te dé alas.*

*... Encierra esta doctrina la única posible salvación del hombre en la hora presente. En esta hora en que nadie quiere diferir su ventura para un más allá, comparándola con su miseria de aquí; en esta hora de odio y de codicia extremos, de concupiscencia enloquecida y de miseria exasperada, **El mínimo vital** es la tabla de salvación en el naufragio. (Masferrer. “El Mínimum Vital”, en *Páginas escogidas*, pp.164-165).*

El vitalismo masferreriano encontró un cauce político en el movimiento laborista integrado por sectores obreros y campesinos. Don Alberto fue el orador más notable del Partido Laborista en la campaña electoral de 1929 – 1930. Su voz vibró por todo el territorio nacional. “Aquella campaña masferreriana — apunta Gallegos Valdés — fue seguida con interés y pasión por todo el pueblo salvadoreño. Masferrer prometió, en

nombre del candidato laborista, la mejora de las condiciones sociales del campesinado”, (Gallegos V. 1987, p. 102).

El candidato de Masferrer, Arturo Araujo, ganó la presidencia, pero no pudo gobernar porque su programa reformista fue inviable. “El Partido Laborista — afirma Rafael Guidos Véjar — llega al poder en medio de una crisis económica ya desatada y muestra incapacidad para solucionar los problemas más urgentes. La oligarquía queda desconcertada y se niega a colaborar en la solución de los problemas nacionales”. (Guidos Véjar, 1982). El régimen araujista rompió con sus mismas bases y quedó así en extrema debilidad.

Este gobierno duró menos de un año: a principios de diciembre de 1931, el Ministro de Guerra, general Maximiliano

Hernández Martínez, apoyado por el ejército y la oligarquía cafetalera, toma el poder por las armas. Masferrer, quien ya antes había roto con Araujo, desencantado ante el fracaso del proyecto laborista y ante la masacre de enero de 1932, se autoexilia primeramente en Guatemala y luego en Honduras, y cae poco después enfermo de gravedad. Con ayuda del gobierno de Martínez es traído a San Salvador, donde falleció el 4 de septiembre de 1932. Dice a este propósito Miguel Mármol, citado por Dalton: “el ideólogo de Araujo, Don Alberto Masferrer, salió del país con la cola entre las patas y terminó de morir de flato...” (Dalton, Miguel Mármol: los sucesos de 1932 en El Salvador, 1972, p. 122).

En el poema “Viejue mierda”, Dalton lo explica así:

*Mezcla de pícaro, de santo-tonto e irritado tatarata,²
Don Beto, fue sin embargo en vida
acusado hasta de comunista.
Y para colmo de males
él mismo se lo creyó después de la matanza de 1932
y se fue a morir de flato a Guatemala
creyéndose culpable de haber engañado a tanto muerto.
Ni siquiera se dio cuenta de que él iba a pasar a la historia
de nuestra cultura
(cuando se escriba la verdadera historia de nuestra cultura)
como un cómplice objetivo de los asesinos del pueblo,
a quienes les había ofrecido instrumentos más finos y tranquilizantes
de explotación y dominación.
(Las historias, p. 111)*

La dureza con que Roque Dalton califica el rol de Masferrer puede explicarse como una polarización ideológica, como un ataque frontal al reformismo de las dictaduras militares. Este texto, uno de los más es-

candalosos de Las historias, surgió en un contexto ya francamente bélico, el de los inicios del movimiento guerrillero (1970 – 1975), del cual nuestro poeta era no sólo conocedor sino partícipe. El poema muestra la

2 En el español salvadoreño, “tatarata” significa disparatado, alguien que habla más de la cuenta y dice cosas fuera de sentido.

inconciliabilidad entre el pacifismo idealista de Masferrer y el belicismo revolucionario de Dalton.

Los escritos de Don Alberto oscilan entre dos campos temáticos principales: la religión universal – cristianismo, budismo, panteísmo – con las influencias teosófica y del esoterismo oriental, y los problemas sociales de El Salvador. Al primer campo per-

tenecen Estudios y figuraciones sobre la vida de Jesús, Las siete cuerdas de la lira, Helios y ensayos sobre el destino. Al segundo, El Mínimun Vital, Cartas a un obrero, El dinero maldito y La cultura por medio del libro, entre varios más. Unos y otros libros lo consagrarían para la cultura oficial como filósofo y sociólogo respectivamente. Dalton le niega autoridad o altura en ambos campos:

*Cogido por las corrientes culturales
de la desconcertada América Latina finisecular,
don Alberto anduvo siempre en la onda de Domingo
Faustino Sarmiento
en eso de confundir a cada rato los pobres con los bárbaros,
asimiló la aflicción mundial de la burguesía que produjo el reformismo
y se enmariguó hasta la cacha
con las misteriosas filosofías orientales.
Se enamoró de la palabra y sólo de la palabra
y se creyó y abonó con esmero
la tontería esa del “verbo fustigador”,
la gran máscara de gordos sinvergüenzas
como Monseñor Castro Ramírez,
el machete de todos los diputados del Partido Oficial
el mejor aliviador para la gran olla de presión
en la que todos vivimos estallando de sol a sol
(Las historias, p. 104)*

Dos versos del segmento anterior permiten sintetizar la oposición Masferrer / Dalton:

La tontería esa del “verbo fustigador”

y:

el mejor aliviador para la olla de presión

Según Roque la misión del poeta – del escritor en general – no puede quedarse en la palabra, por muy fustigadora que esta sea : va más allá, a la acción, a la militancia,

al compromiso político. Así lo enfatiza, por ejemplo, en “Arte poética 1974”, uno de los más breves textos de Poemas clandestinos:

*Poesía
perdóname por haberte ayudado a comprender
que no estás hecha sólo de palabras
(Poemas clandestinos, p. 16)*

Acusa, pues, a Masferrer de verbalista:

Se enamoró de la palabra y sólo de la palabra...

Pero, ¿es ello cierto? Hemos visto que Don Alberto militó en el Partido Laborista, cuyos miembros eran principalmente obreros y campesinos; que ocupó cargos públicos y luchó,

en fin, como periodista y educador, por mejorar la situación social y moral del país. Entonces, el referente objetivo de las acusaciones de Dalton al filósofo vitalista, no es tanto el verbalismo, como el pacifismo radical, el no haber comprendido y acuerpado la lucha de clases.

Le señala además falta de profundidad, de talento y de coraje:

*Quiso ser como Ghandi, pero le faltó profundidad, historia,
confrontación real contra el principal enemigo de su país.
Soñó en llegar a ser como José Ingenieros,
pero le faltó talento, información, coraje
para sostener firme en las manos
los textos de los clásicos del marxismo.
Devino en una especie de Gabriela Mistral que no escribió poesía.
Del cristianismo aprendió la paciencia de la otra mejilla.
Y contra la violencia alzó la lechuga del vegetarianismo.
(Las historias, p. 103)*

Nuestro poeta rechaza el pacifismo del discurso masferreriano porque lo ve como “el mejor aliviador de la gran olla de presión / en la que todos vivimos estallando de sol a sol”. Este es el contenido central de “Viejue mierda”: Roque y otros de su generación resienten que inclusive algunos de los intelectuales de izquierda den tanto crédito al masferrerismo y hagan así el juego a un reformismo filosófico y sociológico que contrarresta las ideas revolucionarias.

Ciertamente, durante décadas en El Salvador los libros y la figura de Don Alberto han sido un recurso reiterado de la cultura

oficial; y aún escritores de reconocida posición progresista, como la Dra. Matilde Elena López (1919) y Pedro Geoffroy Rivas (1908 – 1979), tan cercanos a la Generación Comprometida, publicaron sobre él estudios o semblanzas de corte panegírico.³

El ataque extremo de Roque no se funda en rasgos personales o biográficos del famoso ensayista salvadoreño, sino en sus posiciones ideológicas y políticas. De ahí que tal virulencia pueda entenderse no contra la persona sino contra la doctrina y aún más contra los usuarios de la doctrina, contra el masferrerismo hipócrita:

³ La investigadora y crítica de la literatura salvadoreña, Matilde Elena López (1919), también poeta y dramaturga, afín en varios aspectos a la Generación Comprometida, ha sido una de las principales estudiosas de la obra masferreriana. En 1954 publicó en Guatemala

Masferrer, alto pensador de Centroamérica. El poeta Pedro Geoffroy Rivas (1908 – 1979), antecedente indispensable de la generación de Dalton, también le dedicó en 1953 un ensayo entrañable, reivindicándolo: “Mi Alberto Masferrer”.

Los que más se morían de risa con las bayuncadas de Don Alberto, seguros de que sus diatribas comenzaron a aprender que todo aquel pensamiento podría prestarles alguna utilidad. Sobre todo frente a otros pensamientos que andaban haciendo bulla entre el pueblo con palabras que proponían ir más allá de las palabras y que en resumidas cuentas aconsejaban a los machetes de los pobres no quedarse en sus vainas.
(Las historias, pp. 105 -106)

He ahí el quid de la oposición entre ambos autores: mientras Dalton propone “ir más allá de las palabras” y que los pobres desenvainen los machetes, Don Alberto condena todo tipo de violencia, sin concesiones:

No estamos obligados a vivir si no podemos vivir en la luz. Si nuestro sustento y nuestra casa y nuestro vestido y nuestro recreo y nuestra cultura no pueden absolutamente proveer del trabajo limpio; si nuestra desdicha fuera tanta que nos veamos arrastrados a vivir del revólver, entonces no vivamos. ¿Qué necesidad hay de que vivamos? ¿Qué necesidad hay de que yo viva, si para vivir yo otros han de morir o vivir en la corrupción, en el crimen y en la ruina?

No, hombres, busquemos una vida limpia; vivamos para el pan y del pan. Y para quienes no puedan vivir sino del revólver y para el revólver, que anticipen el viaje; que atraviesen voluntariamente el umbral de la muerte, y que se libren así de la ignominia.

(Masferrer, Ensayos, p. 119)

Las visiones del mundo de uno y otro autor son diametralmente opuestas, en ver-

dad inconciliables. Tal oposición se explica por las tendencias intelectuales y políticas que predominan en la era de Masferrer, que es sobre todo el primer tercio del siglo XX, y en la era de Dalton, la de la pre-guerra salvadoreña: 1956 - 1975.⁴ Ahora bien, la coyuntura histórica que determina el cambio crucial y permite ver las causas de la violencia en las mentes y en las acciones de los coetáneos de Dalton, es la de 1932: la toma del poder por el ejército y la masacre de los indígenas, campesinos y obreros que entonces se rebelaron, son el punto de partida de una mentalidad de lucha permanente, de violencia estructural. Esa fue la prueba de fuego tanto para Masferrer como para Gavidia: la verdad de los hechos mostró la inviabilidad del pacifismo de ambos escritores romántico-modernistas.

La acusación esencial, que da sentido al poema “Viejuemierda”, es la de que Don Alberto no entendió a Marx y que, por lo tanto, digamos, no estuvo a la par de Farabundo Martí, el líder de la rebelión popular del 32, quien sí sostuvo “firme en las manos los clásicos del marxismo”. Las otras

⁴ Cuando Dalton empieza a publicar, en 1956, el movimiento revolucionario en que él se insertó iba en auge. Ese mismo año fundó el Círculo Literario Universitario, de clara posición revolucionaria. Un año después, a la edad de 22 años, ingresó al Partido Comunista Salvado-

reño. Toda su vida estuvo enmarcada por una situación de encarnizada lucha política que luego desembocaría, en la década de los setentas, en el surgimiento de las organizaciones político-militares de izquierda, en la guerra interna (1979 - 1991).

acusaciones resultan inesenciales: que le faltó talento, que fue “una especie de Gabriela Mistral que no escribió poesía”, etc.

De hecho, Masferrer no fue propiamente un creador literario, si bien incursionó en la poesía y en la narrativa. Tres años después de su muerte, el Ministerio de Cultura publicó en un solo volumen El rosal deshojado (1935), sus versos y sus prosas literarias. En 1900 había dado a luz una colección de pequeños relatos autobiográficos, Niñerías, y en 1922, dos especies de novela corta: Una vida en el cine y El buitre que se tornó calandria. Ninguna de estas obras ha tenido impacto en la literatura nacional. Si hubiera de juzgársele por ellas, quedaría sin duda como un autor fallido o un lírico muy menor.

Sin embargo, como prosista, como periodista de garra durante la década de los veinte y en la coyuntura de 1932, fundador del periódico Patria, de gran influencia en estas fechas; como orador político, como filósofo y sociólogo de la educación, Masferrer encarna una época y es imposible desconocer su aporte. El eminente humanista salvadoreño Alejandro Dagoberto Marroquín, sociólogo, historiador, fundador de la antropología nacional y miembro del Partido Comunista Salvadoreño, reivindica el pensamiento social de Masferrer y considera que algunos de sus libros, como Leer y escribir, deberían ser obras de cabecera de todo maes-

tro y en general de todo buen ciudadano.⁵

Cuando se escriba –tarea pendiente– la historia de las ideas o de la filosofía en El Salvador, Masferrer destacará sobre todo en el capítulo de la ética. Afirma a este respecto David Escobar Galindo: “con Gavidia y Ambrogi constituye la triada de fundadores de la cultura salvadoreña: Gavidia el humanista; Ambrogi, el descriptor de la naturaleza; Masferrer, el moralista social”. (Índice antológico, p. 188) Aunque no estoy de acuerdo con Escobar Galindo en que sea esa la triada fundamental de nuestra cultura⁶ sí coincido con él en que nuestro máximo moralista social ha sido Masferrer.

¿Qué no fue poeta? Estoy con Roque en que no lo fue: aun cuando haya publicado uno que otro poema interesante, es perfectamente prescindible en la poesía salvadoreña. Sí fue un buen prosista, con rasgos románticos y modernistas. Dio a sus ensayos filosóficos y sociológicos un estilo propio, atildado, a ratos poético, bien que frecuentemente demasiado solemne, sin la sal del humor. En el género de ensayo fue el paradigma nacional durante mucho tiempo.

En fin, Dalton muestra un exceso de ideología y de radicalidad al descalificar en tal manera al bueno de Don Alberto; exceso que no tiene esta vez un origen personal sino un sentido de consecuencia con su entrega a la lucha de clases: puesto que los ensayos de

5 Esto lo afirma Marroquín en el artículo “Sobre el pensamiento social de Alberto Masferrer”, publicado en la Revista Economía Salvadoreña, Nos. 37 y 38, San Salvador, enero y diciembre de 1968, pp. 73–80.

6 Escobar Galindo toma a Gavidia, Masferrer y Ambrogi como fundadores de la cultura salvadoreña por ser, según él, los máximos escritores de finales del siglo XIX que dieron los cauces, cada uno en géneros distintos, de los desarrollos culturales y literarios del siglo XX. En un sentido estrictamente cronológico

pareciera tener razón. Pero si consideramos la evolución cultural no sólo en sus momentos iniciales sino en sus resultados a lo largo del pasado siglo, me parece inusual no considerar como pilares de la literatura y de la estética actuales a Salarrué (1899–1975) y más recientemente a Roque Dalton (1935–1975). En todo caso, el peso fundacional de Arturo Ambrogi (1875–1936) creo que es exagerado por Escobar Galindo. A mi juicio habría otros escritores nacionales de la misma época con mayor impacto que Ambrogi.

aquel maestro habían servido y seguían sirviendo tan hábilmente a la cultura oficial, había que contraatacarlos como lo que eran: instrumentos retóricos del reformismo. Si el Masferrerismo redituaba tanto a las clases dominantes, era del caso, según Roque, desenmascararlo a rajatabla.

Recordemos de nuevo que el texto en cuestión salió a la luz en el marco de la radicalización de las fuerzas salvadoreñas, en 1974, cuando ya la guerra se veía venir, indetenible y feroz. Para tal contexto de preguerra, “Viejumierda” resultaba un mensaje muy productivo: era un no rotundo al reformismo. Un ejemplo de ello fueron las reacciones de los estudiantes izquierdistas de la entonces Ciudad Normal “Alberto Masferrer”, principal centro de formación de maestros en el país. Tomando el poema de Roque como himno de guerra, realizaron varias acciones en contra de las autoridades de esa institución (manifestaciones, paros) exigiendo que se le cambiase el nombre y, además, darle vuelta al sistema educativo nacional. (El magisterio fue uno de los gremios más radicalizados a favor de la guerra popular prolongada, muy influido por los líderes revolucionarios).

Entonces, la diatriba de Dalton venía a ser más bien un arma de lucha contra la ideología reformista que una actitud personal contra el venerado maestro. Lo que estaba en juego era más que una figura individual o un nombre de prestigio: era, como en sus ataques a Gavidia, la validez de una utopía y, con ella, el prestigio de nación: el futuro posible de El Salvador. Contrastemos la posición de ambos escritores a este respecto.

En general, la escritura de Masferrer es idealista, abstrusa. La adscripción de su credo vitalista al movimiento laborista de Araujo, como lo demostraron los hechos, fue

inviabile porque no consideró objetivamente la radicalidad de las fuerzas propiamente en lucha: la oligarquía cafetalera y el ejército, a la derecha; los sectores populares, entre ellos principalmente los indígenas y campesinos, a la izquierda. Ni unos ni otros estaban dispuestos a la mediación o negociación que predicaba el reformismo masferreriano. La consigna de los primeros era mantener el poder a toda costa; la de los segundos, tomarlo a toda costa, bajo la conducción político-militar de Farabundo Martí y el Partido Comunista; (si bien con desajustes entre las bases populares —sobre todo los indígenas— y la cúpula dirigente). Aquellos respondían a los ideales del liberalismo económico, del sistema capitalista que les había permitido acumular poderes sin precedente, en alianza con los centros hegemónicos del capitalismo mundial. Estos contestaban a los nuevos valores del socialismo y a los viejos valores (ancestrales) del comunismo indígena: propiedad común de la tierra, autonomía local, internacionalismo proletario. A la hora de los hechos, es decir después del triunfo electoral del Partido Laborista y de la retórica masferreriana, esta posición tercerista fue rechazada por unos y otros. Sus debilidades, su extremo idealismo, quedaron al desnudo.

El factor étnico no parecía tener mayor relieve en las doctrinas de Masferrer; en cambio, fue determinante para los sectores radicales: la oligarquía buscaba eliminar la resistencia indígena a la modernización, aun si para ello debía acabar con los pueblos autóctonos, como finalmente lo hizo. Por su parte, las nuevas fuerzas revolucionarias buscaron y lograron la alianza con los indígenas convirtiéndolos en su base principal: el foco de la revuelta de 1932 fueron los pueblos nahua-pipiles del occidente salvadoreño. Masferrer no negó el drama indígena, pero tampoco lo entendió a suficiencia. Más bien trató de obviarlo, aunque lamentaba la dis-

criminación de que eran víctimas los indios propiamente dichos. Su visión de la raza resultaba difusa, de un idealismo raramente personal. Veamos:

Entre 1923 y 1927, Don Alberto publicó varios artículos sobre la cuestión étnica, que luego fueron reunidos como un solo ensayo bajo el título de *La misión de América*. El primero de ellos, “La defensa de la Raza” (1923), dice responder, entre otras cosas, a estas dos interrogantes: “¿Qué nuevos principios nacionalizadores aconseja usted a la intelectualidad de América? ¿Estima usted prudente que nuestra América Latina tome una actitud determinada en su enseñanza, en sus leyes, en su economía, en su producción espiritual, ante el caso de los Estados Unidos?” (*Páginas escogidas*, ob. cit, p. 256).

Masferrer contesta negando la pertinencia del concepto de “raza”, oponiéndose a la idea entonces muy difundida de la raza hispanoamericana. Admitía la existencia de “una mayoría enorme de mestizos en que la sangre india entra en tres partes o poco menos contra una de sangre española” (ibid., p. 261); pero afirmaba taxativamente que la cuestión racial no tiene una real trascendencia, sino la cuestión cultural:

Una cultura: crear, moldear y arraigar una cultura; juna nueva, amplia y superior cultura! Esto sí que se necesita, y vale la pena de intentarse. Mas con ello nada tienen que ver las cuestiones raciales, como no sea rodear la oscuridad del propósito... si nuestro miraje y nuestro criterio son la raza, el hecho más bien físico que no espiritual que constituye la raza, entonces nos estorban los millones de indios mejicanos y centroamericanos... y como nos estorban, para ser lógicos trataríamos de aniquilarlos o por lo menos seguiríamos tratándolos como hasta el presente, como a raza inferior, buena para explotarla, dura de sufrirla, dejada en la ignorancia y en la miseria, y entregada al tiempo con la

*tácita y esperanzada suplicación de que vaya des-
embarazándonos de ella...*

(Ibid. pp. 263-264)

Al señalar nuestra incultura, Don Alberto concluye que como nación no tenemos personalidad: por analfabetos e ignorantes somos esclavos de un grupo de perversos o de cualquier nación poderosa que se proponga absorbernos o dominarnos. Pero a este respecto tampoco reconoce el hegemonismo o imperialismo de los Estados Unidos; más bien defiende su modelo:

La tesis de defender la raza nos sugiere inmediatamente estas dos preguntas: ¿Cuál raza? ¿Defenderla de quién? ¿Habrá que defenderla de los Estados Unidos, de aquella nación que tiene ya en su seno varios millones de negros, y que no sólo no ha procurado exterminarlos o reprimirlos sino que, a pesar de todas sus repugnancias, cada día les abre nuevos y más amplios y más cordiales caminos que les lleven a la ciudadanía y a la cultura? En verdad, no hay en el mundo, en este momento, nación que menos piense en destruir u oprimir a gentes de otras razas — por ser de otras razas — que aquella que se formó y engrandeció y sigue todavía engrandeciéndose merced a su decidido cosmopolitismo racial, a su temprana y feliz intuición de que en el contacto y la fusión de todas las razas, había la promesa segura de una extraordinaria valiosidad espiritual y física.

(Ibid. pp. 259)

Semejante valoración del supuesto rol cosmopolita de los Estados Unidos revela la ingenuidad o ignorancia de Don Alberto. No me voy a detener aquí a exponer argumentos o datos del intervencionismo ininterrumpido de la primera potencia del capitalismo sobre nuestros países en especial, sobre el mundo entero en general, porque ello me llevaría lejos de mi tema y porque se trata de hechos y procesos hartamente conocidos, acerca de los cuales existen ingentes biblio-

grafías y hemerografías. Sin embargo, me parece oportuno señalar como un punto de extremo idealismo o desinformación el que nuestro filósofo tome, por ejemplo, la situación de los “varios millones de negros” en el seno de ese país como paradigma “de una extraordinaria valiosidad espiritual y física”. ¡Por favor! ¿Quién no conoce las monstruosidades que el racismo blanco cometió ahí durante siglos contra los negros, o la discriminación que los hispanos, aún hoy, padecen en virtud de las leyes etnocéntricas o simplemente en la práctica económica y política? ¿Quién puede negar la represión que de las culturas nacionales, sobre todo de las indígenas, han protagonizado los anglosajones del Norte, particularmente por medio de la religión (iglesias “evangélicas”), el arte de masas (cine, música, indumentaria), la imposición económica (últimamente la dolarización), en fin, el neocolonialismo? En 1923, cuando Masferrer escribió “La defensa de la raza”, el hegemonismo estadounidense, alentado por sus ganancias en la primera guerra mundial, era suficientemente ostensible como para no verlo. De ahí que Roque Dalton ante tamaña mezcla de ingenuidad y buenas intenciones, lo llame “santo tonto e irritado tatarata”.

Nuestro poeta, en cambio, acusa claramente a los norteamericanos de neocolonialistas y de enemigos de nuestra nacionalidad. Dice a este propósito en su monografía de El Salvador:

Tanto los colonialistas españoles como los neocolonialistas norteamericanos — del brazo con las clases dominantes locales — desarrollaron una profunda labor de despersonalización contra el pueblo salvadoreño... (que) es un conglomerado humano con personalidad nacional sumamente difusa y pobre, merced a esa labor del dominador extranjero. (Op. cit., pp. 191-192)

Basta lo anterior para comprender la radical diferencia entre el nacionalismo americanista del filósofo vitalista y el del poeta revolucionario. Mientras el primero obvia la lucha de clases y el hegemonismo imperialista, el segundo finca su visión política y cultural precisamente ahí.

Otro tanto encontramos en el tema indigenista o étnico, punto álgido del sentido de nación, al contrastar las posturas de ambos escritores. Masferrer ve ciertamente a los indios con compasión, con dolor; critica la marginación en que se les tiene. Pero a la postre, ni se identifica con ellos ni propone soluciones viables para la recuperación de sus valores culturales, de su herencia ancestral. La salida que ofrece es incorporarlos a lo nacional, o sea a la cultura oficial. Dice así:

... esa ha sido, es todavía, una de nuestras mayores maldades y una de nuestras más grandes torpezas: haber cavado un foso entre los pocos ladinos semi-blancos que llevamos la dirección, y la gran masa india, semi-india, negra o semi-negra, que constituyen el cuerpo, la materia prima abundante en que habría que modelarse, principalmente, la raza futura... Si abandonamos el criterio racial... entonces cambiaremos o modificaremos profundamente nuestras instituciones, nuestras leyes, nuestra administración, nuestras costumbres y nuestra educación, a fin de incorporar a todo lo nacional los vastos elementos ahora subordinados malamente; oprimidos o reprimidos, los cuales, por esa opresión y represión que les embrutece y les pervierte, no serían, en caso de un conflicto en que se viera afectada nuestra independencia, factores de valía; porque no se defiende sino lo que se ama, y ellos, en verdad, no tienen motivo para amarnos. (Páginas escogidas, op. cit. p. 264)

Si los indios y los negros están en América embrutecidos, pervertidos, para Don Alberto la solución es civilizarlos, aculturarlos. No toma en cuenta sus valores

ancestrales, la riqueza recuperable de su historia, de sus tradiciones o de sus héroes. Según él, el punto de partida de la incorporación de aquellos a lo nacional no son ellos mismos sino la civilización blanca cristiana occidental, a través de la educación, de la lectura, tomando como modelo a los Estados Unidos y a Europa. Cita como ejemplo de intelectuales que iluminan el camino civilizatorio, al peruano Raúl Haya de la Torre, a la chilena Gabriela Mistral, al mexicano José Vasconcelos y al argentino Máximo Soto Hall. De este último reproduce la afirmación de que “Podemos serlo todo (porque) no hemos perdido nada... no hemos sido casi nada: podemos serlo todo...” Y agrega enfático: ¡En verdad! América ha de adquirir conciencia de esta nulidad pasada y de su eficiencia futura. (ibid., p. 270).

Al asumir la idea de Soto Hall de que América no ha sido casi nada y enfatizar la nulidad de su pasado, Masferrer no sólo deshistoriza la situación de nuestros países sino que exhibe un etnocentrismo fácil, ya que los últimos modelos culturales que para él valen son los de las potencias blancas del

sistema capitalista mundial. En este punto, observamos una diferencia importante entre su pensamiento étnico y el de Francisco Gavidia (el otro santón de la cultura oficial contra quien Roque arremetiera tan paladinamente): Gavidia sí reconoce en su utopía de nación los valores ancestrales indígenas como altamente redituables: los Soteer prehispánicos (Citlali, Kicab y Quetzalcóatl) de las obras suyas, así lo muestran. Masferrer, en cambio, para nada admite la riqueza espiritual, ética y artística de la América india, ni la ancestral ni la contemporánea, lo cual pone en evidencia el abstraccionismo infértil de su doctrina, sin raíz histórica ni viabilidad futura, como lo demostró el fracaso del vitalismo en 1932.

Así, el masferrerismo deviene aun más anti-marxista que el anti-bolshevismo de Gavidia, de donde se explica la virulencia con que Roque Dalton lo confronta. Para Don Alberto el enemigo a combatir no son las clases explotadoras ni el imperialismo norteamericano sino los vicios y la ignorancia, que acusa más en los pobres que en los ricos, de donde nace a nuestro poeta reclamarle:

*Don Alberto anduvo siempre en la onda de
Domingo Faustino Sarmiento
en eso de confundir a cada rato los pobres con los bárbaros.
(Historias, p. 104)*

Su utopía del Reino de Dios resulta vacua porque predica una “Sociedad Humana viviendo del trabajo, de la equidad y de la concordia; con una vida limpia en que el pan no se amase con sangre ni prostitución ni embriaguez ni miseria”, pero obvia las causas fundamentales de esa situación y las vías que propone no están determinadas por los procesos históricos concretos. Su nacionalismo se difumina en conceptos que si bien son ge-

nerosos, espiritualistas, no tienen asidero en las condiciones reales del país o de la región.

La utopía nacionalista de Dalton frente a la de Masferrer.

El indigenismo de Dalton puede caracterizarse como un pragmatismo revolucionario y, a la vez, como un componente nuclear de su utopía de nación. A diferencia de Masferrer, nuestro poeta no pretende que

los indígenas sean incorporados a lo nacional, sino que los erige en el baluarte de la nación al proponer al taye Anastasio Aquino como Padre de la Patria (*La ventana*, pp. 75 – 87) o al imaginarse a sí mismo un tlamatini “que la melodía del secreto conoce” (*Los testimonios*, p. 40), estableciendo lo indígena como raíz fundamental de El Salvador y de Mesoamérica. Destaca, además, en *Las historias*, el modelo ancestral de las guerrillas salvadoreñas como lucha de resistencia de los nahuas-pipiles de Cuscatlán frente al español Pedro de Alvarado. Los cuscatlecos que pelearon por sus derechos, no importa que finalmente hayan sido derrotados, son para

Roque el paradigma histórico de la revolución salvadoreña.

Mientras Gavidia y Masferrer califican respectivamente de “oscuros” o de “embrutecidos” a los indios contemporáneos, Dalton exalta su perennidad, la validez de su cultura antigua y presente. Tal es el mensaje de “Perennidad pipil”, de *La Ventana*, poema dedicado a la raza autóctona. Exalta aquí al legendario rey de Cuscatlán, Tutecotzimit (también magnificado por Gavidia en uno de sus cuentos), como ejemplo de sabiduría pacifista y de bravura en la defensa de su pueblo:

*Para no ser inconsonante
con el volcán y el sol
Tutecotzimit planteó la vida
como una diaria sed o un puño vigilante.
(La ventana, p.70)*

El final de ese texto resume el sentido de perennidad que para Roque tiene lo indígena nacional, puesto que según él la lección del héroe prehispánico, Tutecotzimit, no

está agotada: sigue siendo un camino, un fruto que hay que esperar, el ejemplo para “una nueva y feraz cosmogonía”:

*Por sobre la mortal tenacidad de las guerras...
se avanza
con los días silábicos y rápidos
hacia la limpia arquitectura
de una nueva y feraz cosmogonía.
Abí quedó la voz como camino.
El fruto
será bello.
(Ibid., p. 71)*

En fin, el indigenismo es una de las brújulas de su aventura literaria y política.

La lectura que de 1932 hace Dalton, coincidente en lo fundamental con la lectura de Salarrué, lo lleva a invertir los consabidos polos de la civilización y la barbarie: para él

— como antes para Salarrué — lo civilizatorio es lo indígena y lo salvaje o lo bárbaro es lo capitalista burgués.

Gavidia y Masferrer, en cambio, quieren civilizar a los indígenas, modernizarlos, porque los perciben desde afuera, según los

cánones del humanismo liberalista de finales del siglo XIX e inicio del siglo XX. Salarrué y Dalton los entienden desde adentro, es decir, desde una identificación que los hace apropiarse de lo indio (en el sentido antropológico), según los principios de una teosofía cristiana (Salarrué) o de un marxismo cristiano (Dalton).

El radicalismo revolucionario de Roque lo lleva a desconocer la labor ingente de aquellos dos patriarcas de la cultura nacional, tratándolos sin ningún miramiento de “viejito loco” al primero y de “viejuemierda” al segundo. Debo insistir: el móvil esencial de estas diatribas no fueron en sí tan ilustres varones sino el uso que de su obra han hecho los sectores dominantes. Es este un punto

determinante de mi exégesis acerca de los supuestos desentonos del poeta revolucionario. Viene al caso aquí considerar lo que otros autores y el propio Masferrer expresaron acerca de la utilización que “mendaces” y “falsarios” hicieron de la figura y de las palabras del maestro vitalista. El historiador Juan Felipe Toruño afirma que intelectuales mendaces instrumentalizaron el optimismo y el fervor de Masferrer (cfr. Desarrollo literario de El Salvador, p. 338). El escritor mismo es consciente de ello, según lo expresa en el más conocido de sus poemas, “Blasón”, especie de testamento ético literario, único texto que de él admite David Escobar Galindo en su Índice antológico de la poesía salvadoreña. Dice así Don Alberto en los primeros versos de “Blasón” :

*Un andrajo de vida me queda: se perdió
en misérrimas luchas lo que era fuerza y flor.
Rateros y falsarios hacen explotación
de mi luz, de mi anhelo, de mi fe y mi valor.
¡Cuánta odiosa mentira serví sin querer yo!
porque fui humilde y simple; porque en toda ocasión
creí que quien me hablaba tenía sed de Dios.
(Índice antológico, op. cit. pp. 189-190).*

El blanco de Dalton es, pues, ante todo, la cultura burguesa y oficial, los valores, para él hipócritas, del capitalismo salvadoreño dependiente: la estética idealista modernista (en el caso de Gavidia) y el reformismo idealista burgués (en el caso de Masferrer).

Casi tres décadas después de publicados tan polémicos textos y a una década del final de la guerra interna salvadoreña (“Acuerdos de Chapultepec”: enero de 1992), esos ataques político-literarios parecen fuera de tono, suenan como un desaguisado. Pero en el contexto del conflicto bélico y de la extrema polarización de la sociedad nacio-

nal, sonaron bien para las fuerzas revolucionarias, contribuyeron al acrecentamiento de la voluntad de lucha y de cambio. Por supuesto, para las fuerzas conservadoras fueron piedras de escándalo, imperdonables blasfemias de un poeta permanentemente satanizado y perseguido por el régimen político-militar entonces vigente.

Si examinamos la evolución literaria y cultural de nuestro país desapasionadamente, por encima de las ideologías y de las coyunturas políticas, tratando de atenernos a los procesos mismos de cambio estético y a la calidad literaria como tal, deberemos admitir que Dalton, desde su moral revolucio-

naria, pecó de severo, tal como le ha sido señalado por diversos críticos en años recientes. Aún así, empero, sin aprobar ni desaprobando esa radicalidad, advertimos una actitud consecuente con su credo político, el marxismo – leninismo, y con su voluntad de cambios profundos para la sociedad salvadore-

ña. Se trata de lo que he llamado “pragmatismo revolucionario”, que indujo al poeta a una entrega total de su vida y de su obra, pese a los graves desaciertos en que pueda haber incurrido especialmente en materia política.

Bibliografía:

Textos de Roque Dalton:

- Las historias prohibidas del pulgarcito. Siglo XXI, México, 1974.
- Miguel Mármol. Los sucesos de 1972 en El Salvador. EDUCA, Costa Rica, 1972.
- Poemas clandestinos. (edición póstuma): RN, San Salvador, 1977.

Textos de Alberto Masferrer:

- Páginas escogidas. Ministerio de Educación, San Salvador, 1976.
- Ensayos. CONCULTURA, San Salvador, 1997.

Libros y artículos:

- Rafael Guidos Véjar, El ascenso del militarismo en El Salvador, UCA,

San Salvador, 1982.

- Juan Felipe Toruño. Desarrollo literario en El Salvador, Ministerio de Cultura, San Salvador, 1957.
- David Escobar Galindo. Índice antológico de la poesía salvadoreña, UCA, San Salvador, 1982.
- Luis Gallegos Valdés. Panorama de la literatura salvadoreña, UCA, San Salvador, 1987.
- Alejandro Dagoberto Marroquín. “Sobre el pensamiento social de Alberto Masferrer”, en: revista Economía Salvadoreña, números 37-38, San Salvador, enero-diciembre de 1968.